

PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 311

25 cts

1 FEBRERO
1931



LO MEJOR PARA PRESERVARSE DE LOS MICROBIOS ES
HERVIR EL AGUA Y LUEGO..... BEBER VINO

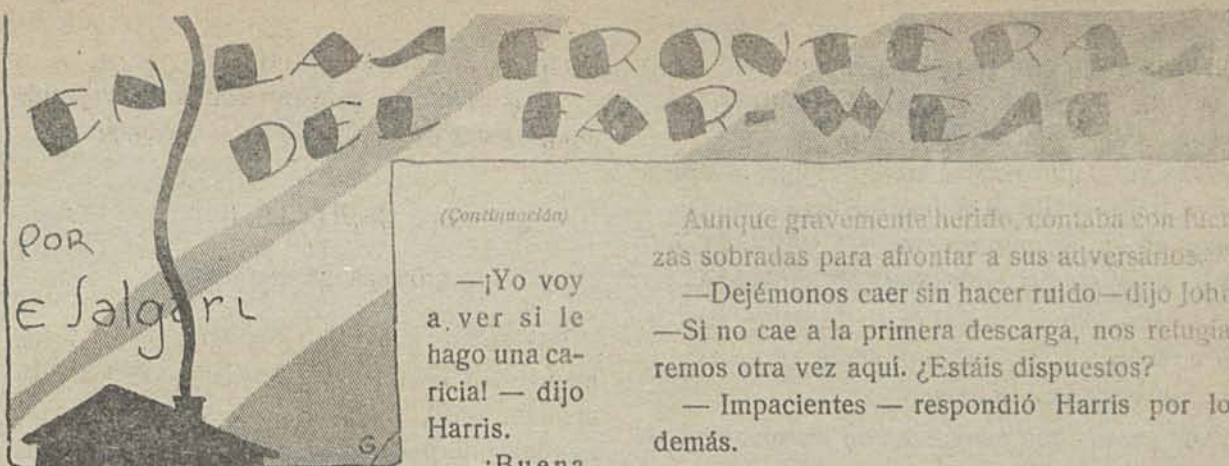
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





suertel! — le contestó John, dejándole pasar.

Harris, que estaba segurísimo de su puntería, asomó la cabeza por la entrada del nicho; pero no pudo ver al animal, que se había emboscado en una revuelta para esperar a sus enemigos.

—Debe de estar curándose—dijo el cazador—fuera del alcance de nuestras carabinas. Y no parece contento, porque gruñe sin cesar.

—De seguro que está de pésimo humor—respondió el *indian-agent*.

—¿Y vamos a esperar sentados que venga hacia acá?

—Podría tardar mucho—dijo Jorge—. Tal vez quiera aguardar la noche, con la esperanza de sorprendernos dormidos. Yo, francamente, no puedo esperar ni una hora más sin que en mi estómago entre algún alimento.

—¿Queréis que probemos? — preguntó, de pronto, John.

—¿A qué?—preguntaron los dos cazadores.

—A afrontarle. Somos cuatro, y pienso que el asedio puede prolongarse mucho.

—Si os parece, nosotros estamos dispuestos —dijo Harris.

—¿Y usted, *gambusino*?

—Tengo mi rifle, y soy un buen tirador—dijo Nube Roja.

—¡Pues andandol!

Salieron a la entrada de la abertura, y antes de saltar a la cornisa escucharon atentamente.

El oso no debía de estar lejos, pues sus gruñidos se oían perfectamente.

Aunque gravemente herido, contaba con fuerzas sobradas para afrontar a sus adversarios.

—Dejémonos caer sin hacer ruido—dijo John.—Si no cae a la primera descarga, nos refugiaremos otra vez aquí. ¿Estáis dispuestos?

—Impacientes — respondió Harris por los demás.

Uno detrás de otro bajaron a la cornisa con los rifles dispuestos.

El oso se percató en seguida de la vecindad de sus adversarios, porque lanzó un gruñido de amenaza.

¡En guardia!—dijo John—. ¡Que viene!

Una sombra gigantesca se proyectó en la pared, y el oso apareció de pie sobre las patas traseras.

El monstruo perdía en abundancia sangre que manchaba su piel.

Los cuatro aventureros hicieron fuego.

John le hirió en un hombro y los otros tres en el pecho.

Al recibir aquella descarga casi a quemarropa, el *grizzly* quiso adelantarse, alargando las patas anteriores; pero cayó, dando un gruñido espantoso.

Los cuatro cazadores se batieron en retirada hacia el nicho, desde el cual Minnehaha, muy tranquila, no perdía detalle de aquella extraordinaria lucha.

Apenas habían vuelto a cargar los rifles cuando el oso volvió a aproximarse, haciendo un esfuerzo supremo.

—¡Alerta!—gritó John—. ¡No os dejéis sorprender!

Sonó una tercera descarga.

En seguida retrocedió, dando dos o tres saltos hacia atrás, no, ciertamente, con intención de abandonar al enemigo, sino porque había empuñado el *bowieknife*, arma tremenda especialmente manejada por un hombre de tan extraordinaria fuerza.

Harris y Jorge habían causado a la fiera nuevas heridas, y se dieron a correr sin cuidarse de la india, que quedó aterrada a la entrada del nicho, viendo ir hacia ella al oso.

Nube Roja, que estaba atento, cogió el rifle por el cañón, y dió al animal un tremendo culatazo en la mandíbula superior. En seguida arrojó aquella arma, que ya le era inútil, y echó mano del machete, con el cual describió algunos círculos en el aire, lanzándole en seguida contra el pecho de la fiera.

Ésta, chorreando sangre y con las mandíbulas mutiladas, tenía ya bastantes heridas, además de que sus ojos no veían ya.

Dió dos vueltas sobre sí misma, acercándose al borde del precipicio, dispuesta a tragar a su agresor.

Nube Roja siguió hostigando al oso, dándole cuchilladas y gritando rabiosamente.

—¡Dejadle!—gritó John, que acudió, apuntando con su carabina.

Sonó un último disparo.

El *grizzly*, que, como hemos dicho, estaba al borde de la cornisa, lanzó un formidable rugido, y su cuerpo, al estremecerse en la convulsión de la agonía, cayó pesadamente al abismo y se hundió en el torrente.

—¡Qué desgracia!—exclamó Jorge, a quien la emoción no había quitado el apetito—. ¡Dos hermosas patas que se nos escapan, ahora que las teníamos tan seguras para aplacar el hambre!

¡Los *coyotes* nos quitan la gran cena!

—John—dijo Harris—, no perdamos tiempo, ahora que está el camino libre.

—Tratemos de llegar a la entrada principal de la mina, a ver si encontramos, no sólo las sillas, sino también los caballos.

—¿Tienes esperanza?—le preguntó el *indian-agent*.

—No sé; pero creo que he de volver a verlos.

—El mío, quizás.

—¿Y los nuestros?

—¡Veremos! Ahora, en camino, lo más ligeramente posible, y tratemos de buscar algo que comer. ¡Tengo tanta hambre como vosotros!

—¡Pues a la carrera, si no queréis que me muera de hambre!—dijo Jorge.

—¡Demonio de *grizzly*! ¡Podía haber caído aquí, en vez de estrellarse en el torrente!

CAPÍTULO III

Carrera desenfrenada

Los cuatro aventureros y Minnehaha, espolcados por el hambre, que cada vez les atormentaba más, recorrieron la cornisa lo más rápidamente posible, tratando de evitar el vértigo, que les hubiera sido fatal, agarrándose a las paredes y sujetándose unos a otros.

John, el más práctico y conocedor de aquellos lugares, guiaba al grupo, señalando los pasos difíciles.

De vez en cuando, la cornisa, bruscamente rota, les obligaba a dar saltos que hubieran envidiado las cabras.

Tan peligroso camino no se prolongó mucho, por fortuna. La cornisa se ensanchó, formando como una sucesión de plataformas, cubiertas de musgo, salvia, cactus y *bocces*, refugio preferido del *mocasson*, serpiente venenosísima, de achatada cabeza y muy agresiva.

La sierra estaba casi rodeada por el abismo, y las terrazas se sucedían cada vez con más frecuencia, girando aquella especie de muralla en derredor de la mina sepultada bajo un enorme hacinamiento de rocas.

Si los cuadrúpedos faltaban, abundaban, en cambio, los volátiles, con especialidad gallos de monte, petirrojos, pájaros burlones, que se divierten imitando el canto de los otros, y gruesos buitres, casi todos negros y siempre hambrientos.

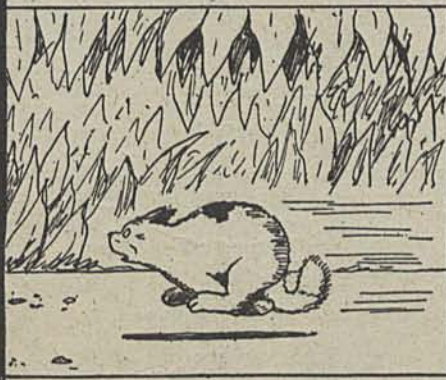
Al llegar a una alta plataforma detuviéronse los aventureros para convencerse, antes de llegar a la boca de la mina, de si los indios se habían alejado de aquellos sitios, o permanecían allí con la esperanza de verles salir del pozo.

—Parece que se han cansado de esperar—dijo John, después de haber mirado en todas direcciones—. No les veo.

(Continuad en el próximo número).

ANITA

BUEN-CORAZON





A TRAVÉS DEL MUNDO

LOS SALVAJES DEL CAMERÓN

El aerobús de la gran familia pinochista sufrió, al dejar el país de las pirámides (ya supondréis que me refiero al Egipto) los efectos de una violentísima tempestad.

El viento huracanado causó destrozos en la aeronave y en sus pasajeros. En la primera hubo que lamentar la pérdida de la chimenea que daba salida a los humos de la cocinilla donde Tecla preparaba los guisos, y en cuanto a los pasajeros las pérdidas fueron también sensibles. A Corretón le arrebató el viento un peluquín de pelo intensamente negro, y a Chonón le arrancó la hermosa bola de color verde que coronaba su gorrito de punto.

Claro que todos estos desastres no fueron causa bastante para detener la marcha del formidable globo, frente a cuya asombrosa resistencia no significan nada los temporales más furiosos.

Perdonaron todos a la tempestad sus desafueros, echaron pelillos a la mar y la aeronave siguió su marcha triunfal como si tal cosa.

En estos instantes, hállese sobre la región africana conocida con el nombre de Camerón, y situada, como seguramente ya sabréis, al Norte de la Guinea española, con un acceso de costa al Golfo de Guinea.

Este territorio fué alemán hasta la guerra europea en que, perdidas por Alemania todas sus colonias, pasó a ser posesión francesa, incorporándose al vasto dominio del África ecuatorial francesa.

Pero oigamos al sabio buho que en estos momentos está haciendo uso de la palabra.

—Señores y señoras: Ved bajo nuestros pies una vasta región cubierta por la espesísima selva tropical. En ella se encuentran las más ricas maderas de ébano y caoba empleadas en los más delicados y preciosos trabajos decorativos. De las maderas de esos bosques se extraen también exquisitas esencias para la elaboración de perfumes.

—Hasta aquí llega el olor, dijo don Turulato ensanchando las ventanas de las fosas nasales. Se nota un tufillo de bacalao a la vizcaína que marea.

—¡Ja, ja!, rieron todos; ese olor sale de la cocina, señor don Turulato. ¿No vé que como la puerta está abierta se sale el humo de los guisos que está preparando Tecla para la cena?

Don Turu tosió para disimular su azoramiento y se puso a mirar al cielo como si la cosa no fuera con él.

El buho, continuó. Fijaos que entre la espesura de la selva se ven algunos espacios que, por estar libres de árboles, se destinan al cultivo de toda clase de plantaciones tropicales. Tabaco, canela, caña de azúcar, algodón, etc. También se explota el cultivo del caucho que tan productivo es para los colonos.

En esto, se oyó un fuerte estrépito de vajilla que se caía y se rompía.

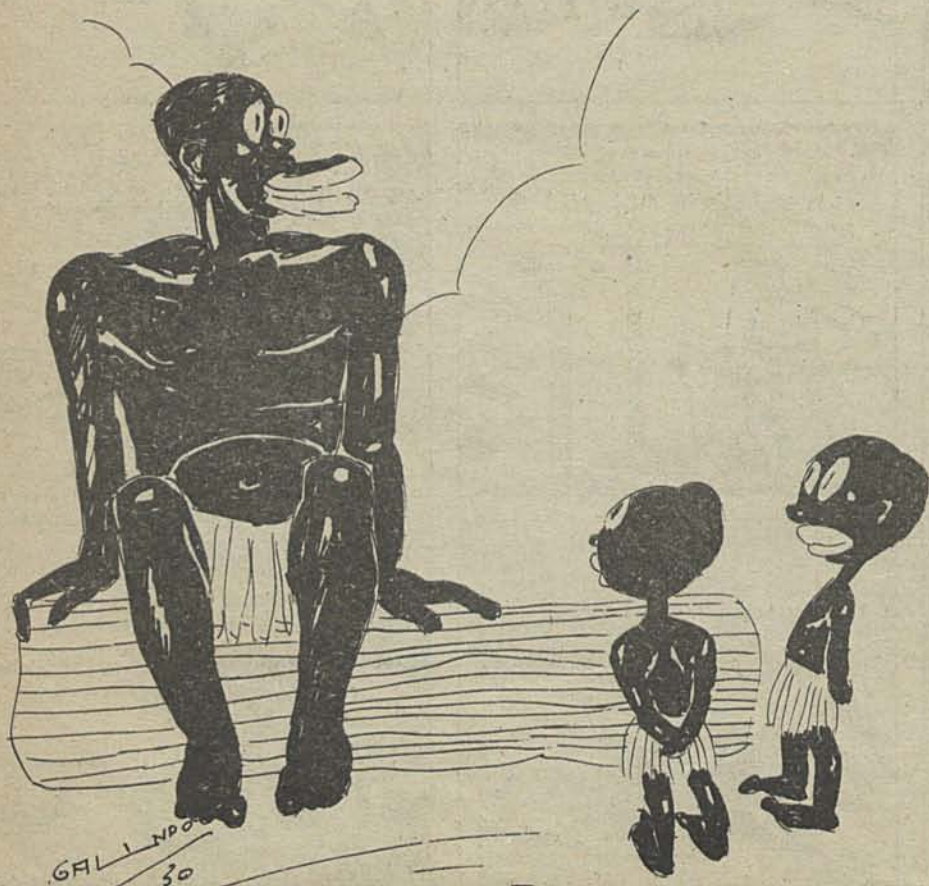
¿Qué pasa en la cocina?—exclamaron todos dirigiendo sus miradas hacia la cabina de Tecla. ¿Hay terremoto?

—¡Vaya zipizape!—dijo Corretón guiñando un ojo—. Aquí hay Tin y Ton encerrados.

En efecto, por la ventana de la cocina saltaron la Tormenta y el Ciclón con toda la cara embadurnada de chiantilly; detrás de ellos salió una escoba, un sopillo y una mano de almirez.

Algo grave y trascendental había ocurrido.

¡Ya lo creo! Los nenes se habían subido a lo alto del vasar para alcanzar una tarta que Tecla tenía secretamente preparada para postre y aquellas dos fieras la habían despachado en un santiamén. En el santiamén que Tecla tardó en ir a sacar de la cómoda un trapo limpio. La pobre doña Tecla al ver la fechoría se vió acometida de un ataque de nervios, y platos, cafeteras, tapaderas y demás chirimboles salieron despedidos como balas hacia las cabezas de Tin y Ton.



GALINDO
30



La trapatiesta acabó con un festival de palos sobre las costillas de aquel par de hienas que fueron luego cuidadosamente encerrados en un tonel que se dejó suspendido con una cuerda en el espacio.

Puede continuar la charla, dijo Chonón, tomando asiento.

E buho siguió hablando. Entre el laberinto de estos bosques reinan el búfalo, el elefante, el tigre, el león, la boa, el leopardo y otros no menos terribles por su acometividad y su fiera.

—¡Un tren! ¡Un tren!—gritó Currinche señalando una estela de humo blanco que iba arrojando la locomotora de un tren de mercancías.

—Es cierto, dijo el buho. Ese ferrocarril es el único que existe en el Camerón. Va desde Donala, puerto situado en el Atlántico, hasta Yaoundé, pequeño poblado del interior. El resto del territorio ha de recorrerse a pie o en piraguas. El país ofrece paisajes de una extraordinaria belleza, y el día que pueda ser visitado, sin peligro alguno, por los turistas, será, seguramente, un gran centro de atracciones naturales.

—Debiéramos aterrizar a dar un paseito—dijo don Turulato—tengo ya ganas de andar por tierra firme.

Acabo de decir, objetó el buho, que por ahora no puede viajar por el interior sin correr peligro. Los habitantes de esta región viven aún en estado salvaje. Como permanecen desde hace siglos casi aislados del mundo conservan costumbres primitivas y hábitos nada tranquilizadores. Son negros de una piel brillante, grandes y vigorosos. Su carácter belicoso los hace estar en guerra casi constante con las tribus vecinas. Ni que decir tiene que todo intento de penetración europea, siquiera sea para llevarles los beneficios de la civilización, lo reciben con hostilidad y se resisten fieramente a aceptar otras costumbres y otras leyes que las de su país.

—Bonita ocasión—interrumpió el barbudo inspector—para arrojar el barril donde están metidos Tin y Ton; seguro que no quedaban ni los rabos.

—¡Bravo! ¡Bravo!—añadió Corretón—me adhiero a la idea. No acepto esa crueldad—intervino Anita buen corazón—. Hay otros procedimientos para traer a esos chicos al buen camino. Reflexiones, consejos, algún que otro sopapo y guiarlos bien.

—¡Ja, ja! ¡Algún que otro sopapo!—dijo Corretón—. Ni con la estaca más gorda y más dura se les hace entrar en vereda. Ya quisiera yo ver a la señorita Anita de institutriz de esas dos fieras. Bien se conoce que no sabe de qué clase de personajes se trata. Llevo ya rotas en sus costillas cuatro mil setecientas ochenta y siete estacas y media, y como si tal cosa.

—¡Silencio!—impuso Pinocho—. Dejad hablar al buho que es lo interesante.

Este, prosiguió.

—Las armas que usan los negros del Camerón son el arco, la flecha, la lanza y los cuchillos de madera. Las manejan tan terriblemente bien que las heridas que causan son casi siempre mortales. No usan otra vestimenta que alguna piel de animal pero en cambio van cargados de collares, pendientes, aros y otros utensilios con que adornan su cuerpo. De estos ornamentos es el más curioso el que les deforma horriblemente los labios, alargándoselos por medio de unos platillos que se introducen por debajo de las encías. De tal forma, semeja la boca el pico de un pato. También es costumbre arrancarse los dientes, y traspasarse la nariz y el lóbulo de las orejas con trozos de madera, de marfil o de cobre.

El sol había ya traspuesto la línea sonrosada del horizonte y una niebla azulina, como tenue humo, iba cubriendo el paisaje. Poco a poco iba la Tierra envolviéndose en oscuridad y antes de que la noche se echase encima, sonó a bordo del aerobús la campana que daba la señal de retreta y cada mochuelo se retiró a su olivo. A los pocos instantes sonó el toque de silencio y no se oía otro ruido que el monótono runrún de los motores y el aleteo de las hélices barrenando el aire.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



MIRA, NIÑO; COMO TE VUELVA A VER
APOLTRONADO EN EL BUTACÓN TE VOY
A DAR UN DIRECTO QUE
TE VOY A DEJAR EX-
TRACHATO



¡A ESTUDIAR! ¡VAGO! ¡GANDUL! ¡ANAL-
FABETO! ¡IGNORANTE! ¡ETCÉTERA!
¡ETCÉTERA!



AH!, A ESTUDIAR! Y NO SALDRÁS DEL
CESTO DE LOS PAPELES HASTA QUE NO
TE SEPAS EL CATÓN DE CABO A RABO



ESTO ES INTOLERABLE, INAGUANTABLE E IMPER-
MEABLE. SE PASA LA VIDA ARRELLANADO
EN LA BUTACA Y NO HAY QUIEN LE HAGA
ESTUDIAR UNA LETRA.
¡VAYA UNA ALHAJA DE NIÑO!
AL QUE ME DE POR EL
UN CUPRONIQUEL
SE LO VENDO



¿OTRA VEZ EN EL BUTACÓN?
AQUÍ SE VA A ARMAR
LA GORDA; SE
MASCA LA TRA-
GEDIA



ESTOY YA HASTA LA PUNTA DE LA CO-
RONILLA. MAÑANA MIS-
MO TE FACTURO
PARA LA MANI-
GUA



ESTO NO PUEDE CONTINUAR ASI. NE-
CESITO UNA IDEA PARA
QUE ESTE NEGRO ES-
CARMIENTE...
¡YA LA TENGO!
¡YA!...
¡YA!...
¡YA!...



¡YA SE OYEN PASOS! ¡YA SE ACER-
CA OTRA VEZ! ¡VAYA SUSTAZO
QUE LE VOY A DAR COMO INTEN-
TE SENTARSE!

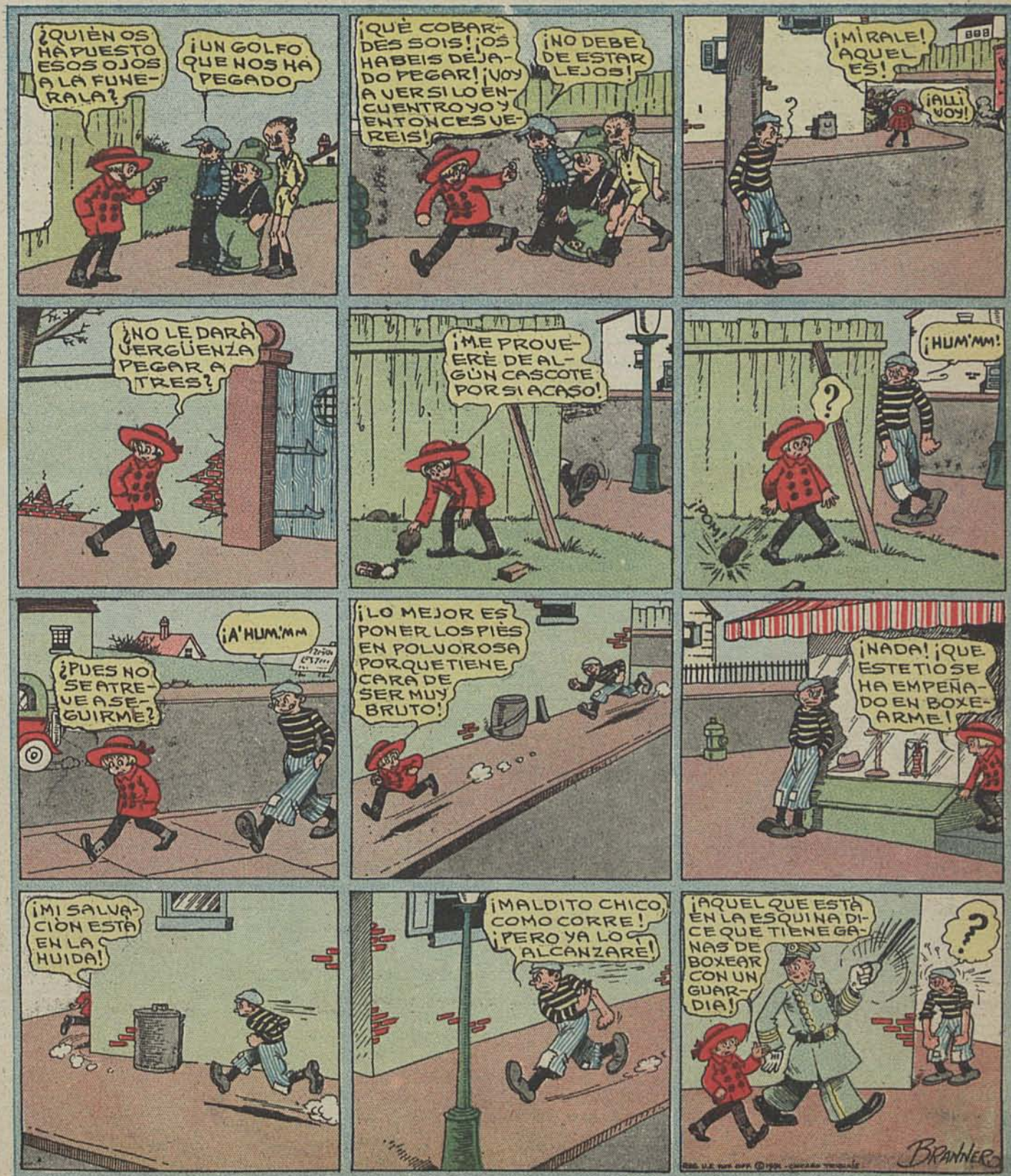


SIÉTESE, QUE VOY A LLAMAR A DON TURU
QUE NO TENGA PRISA PORQUE EN
ESTE SILLÓN ME
ENCUENTRO MUY
BIEN





COLORÍN Y SU PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LOS NIÑOS MUÑECOS

Cashillo

PERQUITO tenía un caballo de cartón; pero ¡qué caballo!; se conoce que el fabricante estaba de mal humor cuando lo hizo, y resultaron dos rábanos las orejas; la boca, un pico de cigüeña; y la cola, una panoja de maíz. De las patas no hablemos porque parecían cuatro besugos tiesos, y la panza, un globo aerostático.

El muchacho jugaba con su caballito como si en vez de un monstruo fuese una maravilla, y todo se le volvía montar sobre el acartonado lomo de su rocín y espolearle con los talones, diciendo:

—¡Arre, caballito!

Cierto día en que lo espoleaba con más violencia que de costumbre, el juguete abrió la boca y dejó escapar un sonoro relincho.

Quedó asombrado el muchacho, y bajando apresuradamente del caballo, echó a correr.

Mas el animal comenzó a dar botes y corcovetas, y salió trotando detrás de Periquito, diciéndole:

—Espera, que ahora me las vas a pagar todas juntas.

El niño quedó paralizado de miedo, y entonces el caballo le agarró con la boca por el vestido, y tomando carrera, saltó por una ventana, y siempre con Periquito colgado de la boca comenzó a volar por los aires. El pobre muchacho, casi sin saber lo que le pasaba, atravesó las nubes después de ver el campanario de su iglesia como una casita de juguete, y todo su pueblo como un microscópico nacimiento.

Después, con rapidez vertiginosa, cruzaron por encima de elevadas montañas, cuyos enhiestos picos, coronados de nieve, parecían desde la altura enormes sorbetes puestos allí por la mano de un coloso.

Luego atravesaron el mar, donde se veían, como puntos apenas perceptibles, los mayores barcos de vapor, y, por último, descendieron en una costa escarpada, cuyos acantilados la hacían inaccesible.

A poca distancia se elevaba una enorme jaula de hierro, donde había unos treinta mil niños y niñas en la más extraña situación.

Todos estaban allí por haber destrozado sus juguetes antes

de tiempo, con grave daño del bolsillo de papá y falta de obediencia a los consejos de mamá.

Los juguetes ahora tenían el tamaño de niños, y éstos, el de juguetes. Las niñas que habían roto sus muñecas estaban ahora vestidas como ellas, y eran juguete suyo. Daba risa ver aquellas caras de cartón medio rotas por los golpes, y aquellas manos de madera, y los cuerpos de aserrín y badana o trapos azotar a sus antiguas amas las niñas revoltosas, y hacerlas decir «¡Papá!» y «¡Mamá!» El que había roto una caja de soldados de plomo tenía ahora tantos amos como soldaditos destrozara, estaba vestido de militar, y le obligaban a hacer el ejercicio, sin dejarle reposar ni un momento.

En una palabra, aquello parecía el mundo al revés.

Cuando llegó Periquito, y apenas franqueó la puerta de la jaula, todos los muñecos comenzaron a aplaudir, diciendo:

—Ya hay un tonto más entre nosotros.

El caballo se quitó el bocado y se lo puso a Perico, haciendo lo mismo con la silla y los estribos; y después de apretarle bien la cincha, le hizo ponerse en cuatro pies; y cabalgando sobre el muchacho, comenzó a espolearle, diciendo:

—¡Arre, Periquito!

El infeliz muchacho tuvo que correr a impulsos del dolor, y comenzó a dar vueltas como en un picadero.

¡Aquello era el delirio! Mientras Periquito corría como un descosido, unas sartenes daban de golpes a unas niñas, varias vajillas rotas descalabraban a sus antiguas dueñas, un pequeño piano colgado al oído de un muchacho le repetía por milésima vez la misma tocata, una carabina disparaba sobre su antiguo dueño, un sable aporreaba a otro, y varios toreros de plomo daban una corrida, cuyo toro era el niño que los rompió.

Al oscurecer sonó una campana, y acto seguido cesó todo el bullicio, metiendo los muñecos a los niños en grandes cajas de cartón. Periquito no se resignó a ser juguete de su caballo, y aquella noche, a pesar del susto que sentía, hizo de tripas corazón, y saliendo de la caja sin hacer ruido, se acercó a la de un amiguito suyo, llamado Manolito, que estaba haciendo de velocípedo, y llamó con los nudillos.

—¿Quién llama?—preguntó Manolito.

—Un caballo, digo, un muchacho, que ya casi no sé quién soy—respondió Perico.





—¿Eres tú, Periquillo?—preguntó Manolo, lleno de alegría—. ¿Conque tú de caballo, y yo de velocípedo? Ya nos dijeron que habíamos de correr mucho por el mundo.

—Sí; pero no nos dijeron cómo; si me lo llegan a decir, cualquier día me cogen de velocípedo.

—Ni a mí de caballo, que tengo molidas las costillas de tanto galope.

—Poro, en fin, el tiempo urge y es preciso tomar una resolución.

—¿Se te ocurre algo para escaparnos?

—A mí, nada; ¿y a tí?

—A mí, tampoco; pero algo hay que hacer, aunque sea una barbaridad.

—Pues vamos a despertar a nuestros compañeros de martirio y a decirles que nos ayuden.

Así lo efectuaron, y en pocos minutos toda la turba infantil estuvo levantada, mientras los terribles juguetes dormían a pierna suelta.

Después de una discusión breve se acordó sorprender a los tiranos antes de que despertasen, y darles una zurra mayúscula.

—Poco a poco—exclamó Perico—; para que tenga feliz éxito la empresa hay que prometer con toda seriedad no volver a maltratar los juguetes que nos regalen.

—¡Al contrario!—gritó uno que había estado haciendo de buey, y había llevado más palos que burro de aguador—. En cuanto pille un toro de cartón lo deshago, para cobrarme de las palizas.

—Pues como yo coja un aro—gritaba otro—, lo hago polvo. ¡Pues no he rodado yo poco para que ahora me lo aguante.

—Entonces—replicó Perico—, veo que por incorregibles vais a estar aquí toda la vida. Yo, por mi parte, procuraré que el juguete que me regalen dure hasta que se caiga a pedazos de puro viejo.

—Y yo—añadió Manolito—, si es preciso, les daré caldo de gallina.



Los demás muchachos comprendieron que con la venganza nada adelantarían, y al fin ofrecieron hacer lo propio que Manolito y Perico.

Después se lanzaron sobre los dormidos juguetes, y antes de que éstos adquirieran la vida artificial y maravillosa de que estaban dotados, fueron sujetos y amarrados por los niños, sin que valieran voces, amenazas ni promesas.

—¡Suéltame—gritaba

un velocípedo—, y no te haré rodar más que ocho horas al día!

—¡Ni ocho minutos!—contestaba el niño estremeciéndose—. Ya estoy bien castigado, y no quiero más soba.

—¡Déjame—vociferaba una muñeca—, y ya no te saltaré más que un ojo!

—¡Buena promesa!—decía la niña que había sido víctima del juguete—. No me ha dado Dios los ojos para que tú me los saltes. Procura que no te vacíen a ti los tuyos.



Convencidos los juguetes de que estaban perdidos sin remisión, se callaron; pero los pequeñuelos no sabían cómo marcharse de aquel sitio. Reuniéronse de nuevo para deliberar, y al fin resolvieron consultar el caso con un hermoso globo, al que ofrecieron la libertad, a cambio de que los transportase a sus países respectivos.

El globo se infló mitad de orgullo y mitad de gas, y en su barquilla remontó a los muchachos por los aires, llevándolos a sus casas, donde los dejaba en una ventana.

Grande fué el número de viajes que tuvo que hacer para llevar a cada cual a su domicilio.

Manote y Periquillo fueron los últimos en abandonar el globo.

En cuanto se vieron en su casa con sus papás, y libres de la tortura y del peligro, miraban a sus juguetes con cierto respetuoso temor, y si alguna vez se les ocurría romperlos, nunca pasaban del pensamiento a la obra, por temor a que les sucediera lo de antaño.

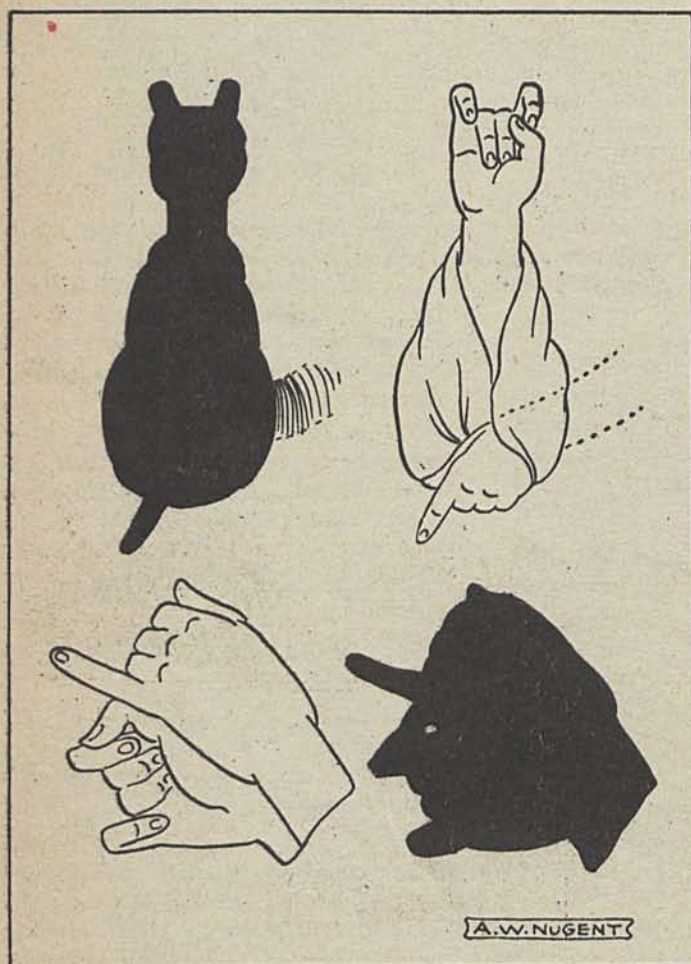
Con esto tuvieron la ventaja de divertirse más con sus juguetes, que les duraban mucho, y, además, no hacerles gasto inútil a sus padres.



PASA PASAR EL RATO



SOMBRAS



Me parece que ya dije en otra ocasión que de esta hecha iba a salir dibujando hasta el gato.

Por si acaso no lo dije, lo digo hoy.

—De esta hecha va a salir dibujando hasta el gato.

Un elefante y una jirafa serán hoy nuestros modelos. Los dibujos adjuntos os indicarán la manera más fácil de conseguir vuestro objeto.

Siguiendo esas indicaciones mudas, pero no in-expresivas, conseguiréis dos maravillosas estilizaciones de un tranquilo elefante y de una grácil jirafa.

Si tenéis ágiles los dedos, paciencia y voluntad, podéis lograr con vuestras manos efectos sorprendentes.

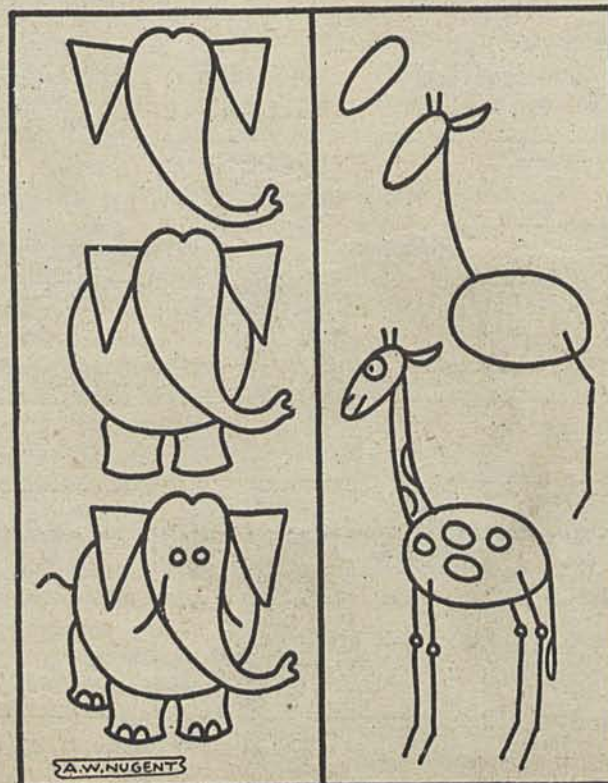
Vuestros auxiliares serán una luz y una pared o una superficie lisa, de color.

Colocad vuestras manos como lo indican las figuras y veréis cómo la sombra que proyectan toma la forma de un gato y de un bombero.

Para la primera tendréis que hacer uso también de un pequeño lienzo o un pañuelo.

¡Manos a la obra, Pinochistas!

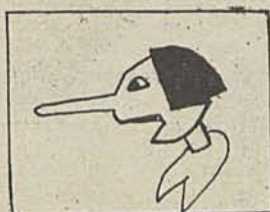
TODOS DIBUJANTES



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

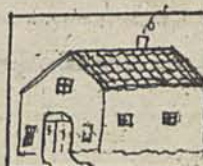
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho
M. N. Barcelona.



Paco Morronguls
Rafael Herrera.



Una casa
Fernando Estévez.



Jirafa
Luis Gutiérrez.



Una novia
Pepita Sierra.



Un globo
Eduardo G. Arnau.



El Ricardo
Magdalena.



Un Renault
Rafael Melero.



La princesita
José Moya.



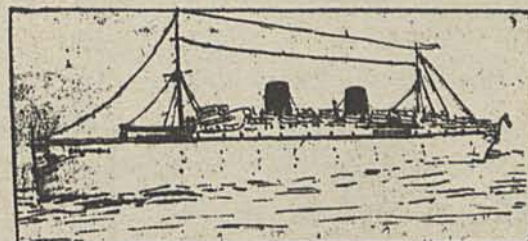
Currinche
José Moya.



Un pollo para
Agustín Roig.



La granja de mi tío, por Angelines Soler y Carmencita Lozano, de doce años.



Un trasatlántico
Un desconocido.



Mi finca
Ruperto Fernández.



Un tranvía
Carlos J. de León.



Un pato
Pepita Sierra.



Casitas
Román Cuartero.



Tom Mix
Luis Izquierdo.



Un ruso
Victor Andresco.



Buen tirador
José Moya.



Mi amigo
Victor Andresco.



Guardameta
R. Melero.



Niñas
E. Arroyo.



Un chino
Purita Hergueta.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS TRES VACAS



¿Por qué conferencian con tanto ardor estos caballos?

¿Por qué hay en sus gestos tanta inquietud?

Sencillamente porque son propietarios de la granja que veis en el dibujo y hace dos noches que les desaparecieron tres vacas y no han aparecido todavía.

¿Vosotros que sois tan perspicaces y tenéis tan enormes dotes detectivescas, no podríais averiguar dónde están las tales vacas?

Así devolveríais la tranquilidad a un hogar y haríais, por lo tanto, una obra de caridad.

Cuando se vé una pared completamente blanca ¡qué ganas dan de trazar sobre ella algún dibujo!

Esta comecón la han sentido también los animalitos que veis en el dibujo, los cuales en un santiamén han trazado sobre la pared un dibujo interesantísimo.

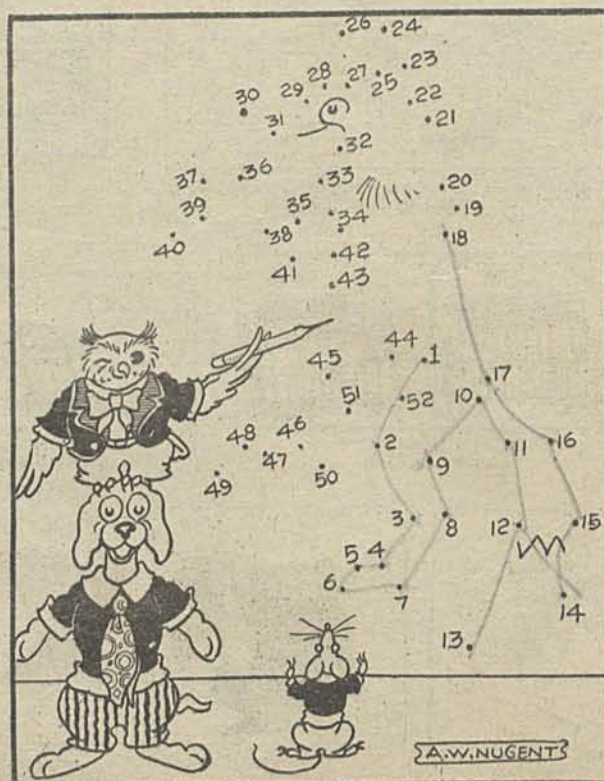
¡Como que se trata de un popular animalito, que estamos acostumbrados a ver en los escaparates de las peleterías!

De todas formas, si os tomáis el trabajo de unir los números con líneas,

sabréis inmediatamente de qué animal se trata.

Creo inútil advertiros que la unión ha de hacerse siguiendo el correspondiente orden.

¡MISTERIO!



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE FEBRERO **311**

Envío del Pinochista D.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

LOS DOS BURROS



LAS CINCO CABEZAS



Los dos elefantes y el rinoceronte

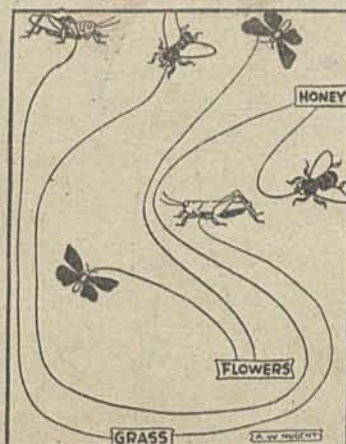


- 1.—Marmónico.
- 2.—Financiero.
- 3.—Peinadoras.
- 4.—Ordinarios.
- 5.—Marginales.
- 6.—Desafinados.
- 7.—Aboriginal.
- 8.—Concertina.

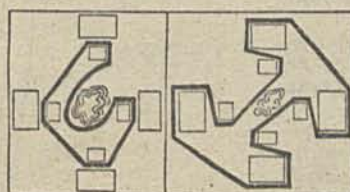
LOS CUATRO PECES



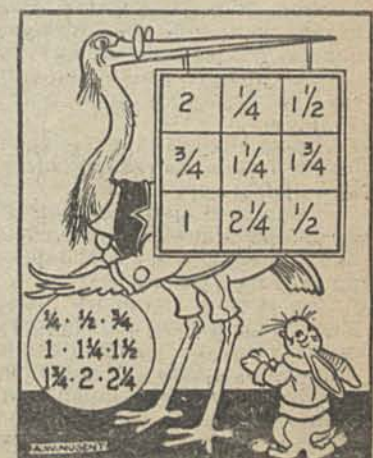
LAS CORRIDAS



EL LAGO



EL AVESTRUZ MATEMATICO



Sección Pirula

Charles de Pirula... modista

¡CARNAVAL!



—al menos, ella lo dice—todavía no es «muy» vieja. No, esta arruga es lo que yo llamo «la arruga del Carnaval».

Y en estos momentos la tienen en la frente la mayoría de mis Pirulindas; porque todas ellas, lo mismo que Matilde, están cavilando para encontrar el disfraz nuevo, original, sorprendente, con que dar el golpe estos Carnavales.

Ved a Matilde; con su arruga en la frente y los labios apretados, sentada ante su mesa de trabajo y con la barbilla apoyada en las manos cruzadas, pasa sobre los objetos que la rodean una mirada que no vé; ¡tal es su preocupación!

Pues bien; si Matilde «viera» las cosas que está mirando, se le ocurrirían al momento no una, sino varias ideas de disfraces. ¡Pues qué! ¿tiene más que disfrazarse de cualquiera de los objetos que la rodean?

Sobre la mesa, junto a Matilde, hay un cofrecillo forrado de papel florido; este cofrecillo contiene unas preciosas hojas de papel azulado, con las iniciales de Matilde en relieve, y unos sobres alargados forrados de papel florido, igual al que cubre la caja.

Matilde lleva ya varios minutos mirando su caja de papel de cartas, cuando de pronto la «vé»..... y al mismo tiempo «vé» su disfraz. Aquí tenéis el disfraz de papel de cartas, elegido por Matilde; se compone de un cuerpo de raso blanco, con unas líneas

bordadas a punto de cordón en negro (o en azul oscuro, o en verde) que figuran líneas de escritura.

A un lado, las iniciales están bordadas en el centro de un redondel bordado al «plumetis» y del cual parten unas cintas de seda.

Los sellos de correos que adornan la falda, de raso blanco como el cuerpo, están bordados o son trocitos de paño pegados. Unas aplicaciones cuadradas, pero colocadas formando rombos, son los sobres, gracias a los cuales la falda termina en picos.

Y el gorro es también un sobre, que puede ser de raso muy grueso y rígido, o de raso flexible, forrado de linón.

Como Matilde es una pequeña mamá para su hermanito Potote, ha resuelto idear y aun confeccionar otro disfraz para él.

También el disfraz de Potote va a ser de «objeto», de un objeto que Matilde tiene ante sus narices: es el ovillo de lana que acaba de comprar para hacerse un «sweater» de crochet.

Sí, el gran Potote irá disfrazado de ovillo, gracias a unas hebras de lana (para que el traje resulte menos caluroso, puede sustituirse la lana por algodón y si se quiere que resulte más lujoso, por seda), cosidas a grandes puntadas sobre su pelele de cretona. El cinturón, de tela blanca, almidonada y con letras bordadas, figura la estrecha faja de papel que

rodea los ovillos. El gorro es un turbante, hecho con hebras también y atravesado por dos enormes ganchillos de celuloide, de esos que parecen de caramelo.

Naturalmente las hebras de lana—o de algodón o de seda—pueden ser de un color solo; pero el efecto será más gracioso con hebras multicolores.

Y si vosotras no queréis disfrazaros de objeto, ¿tenéis más que acercaros a vuestra biblioteca—la misma que habéis confeccionado según las indicaciones que os dí el domingo último—y echar una ojeada sobre vuestros libros de cuentos y de fábulas?

Una idea entre cien: la del cuento de la lechera, aquella tontona que al calcular las cosas que se compraría y los negocios que realizaría con el producto de la venta de la leche que llevaba en un cántaro sobre la cabeza, sintió tal alegría, que se puso a dar saltos y..... tiró el cántaro y perdió la leche y se quedó sin compras y sin negocios.

Ved aquí a la pobre ilusa, graciosa, y económicamente, vestida con una falda de percal encarnada, con lunares blancos, un corpiño rojo, una pañoleta de seda, un delantalito blanco, de peto, y llevando en la cabeza su cacharra de la leche, que no es sino un trozo de cartón plateado, recortado y pegado sobre su gorrito de organdí.

Sin duda me diréis que la lechera que va todas las mañanas a vuestra casa a entregar la leche para el desayuno no lleva gorrito de organdí, ni falda de lunares, ni pañoleta de seda y, en fin, que su traje no se parece ni poco ni mucho al que os presento.

Es que esa lechera es real, mientras que la mía es de cuento y es indudable que la gente se viste con más gracia en los cuentos que en la realidad.

En cambio la cacharra de la lechera real es preferible a ésta..... por su contenido; ¿no os parece?



GHL LNDG 30